

permite argumentar continuamente contra la corte, también se perderá todo. Necesitamos un gobierno que hoy no tenemos como tampoco lo teníamos antes.— En la corte al saberse la derrota no se ha pensado más que en el señor de Soubise, pero no en la monarquía. Nuestra amiga y el rey le han colmado de muestras de amistad.—Esté V. persuadido de que mi cabeza todavía está entera, pero no me sirve, porque no tenemos ni ministerio ni ministros.»

IV.—LEUTHEN, GUILLERMO PITT Y FERNANDO DE BRUNSWICK

«Por fin una buena noticia, escribió Federico á su hermana Guillermina el 5 de noviembre, entrada ya la noche; sin duda ya sabías que los cuberos han querido tomar Leipzig con sus aros (alude á los círculos ó distritos en que estaba dividido el imperio germánico). Acudí y los he echa-



Cárlos de Rohan-Rohan, príncipe de Soubise. Copia del cuadro original en el museo de Versalles

do al otro lado del Saale. El duque de Richelieu había enviado 20 batallones y 14 escuadrones de auxilio, y se habían alabado de disponer de 60,000 hombres. Ayer salí con mis fuerzas para reconocer las suyas y no los pude atacar en sus posiciones, lo cual excitó su temeridad. Hoy han salido á atacarme; pero me he adelantado á ellos. Ha sido una batalla suave. Gracias á Dios, mis muertos no llegan á ciento; el único general gravemente herido es Meinike. Mi hermano Enrique y Seydlitz tienen algunos pequeños rasguños en el brazo. Tenemos toda la artillería del enemigo que está com-

pletamente dispersado, y yo estoy en plena marcha para arrojarle más allá del Unstrut. Después de tantos sustos y desgracias, ha venido, Dios sea loado, un suceso favorable y se dirá que 20,000 prusianos han derrotado á 50,000 franceses y alemanes. Ahora puedo morir tranquilo, porque se han salvado mi fama y el honor de mi nación. Desgracias podemos tener, pero no ya deshonra.»

Bajo el punto de vista estratégico no fué la victoria de Rossbach ni con mucho tan decisiva como al principio pareció, pero el efecto moral fué extraordinario. El odio que

se había apoderado del pueblo en todo el Noroeste de Alemania contra el ejército francés por sus saqueos y excesos, quedó brillantemente saciado y desde entonces se acabó el terror que inspiraban los franceses. Además con la retirada vergonzosa del ejército federal del campo de batalla murió también la fe en el imperio. La guerra contra la Prusia pareció al pueblo alemán lo que era en efecto, una guerra contra la Alemania y sus más preciosos bienes. La nación no había sacado del emperador y del imperio más que perjuicios y vergüenza, mientras descubría en Federico su salvador y vengador. Donde existía solo una chispa de sentimiento y una sombra de idea de lo que es verdadero heroísmo, reinaba el entusiasmo que había excitado el golpe que habían recibido el enemigo y el ejército del imperio. Se oraba desde entonces pidiendo al cielo la victoria para las armas prusianas á cada nuevo encuentro; porque el más lerdo había comprendido que el gran rey luchaba y padecía por la Alemania, y que si sucumbía estaba también la Alemania perdida para siempre. Hasta los mismos adversarios participaron en cierto modo del gran cambio que se había verificado en las ideas populares, como lo prueba un caso curioso que ocurrió en la batalla de Rossbach. Un soldado de caballería prusiano estaba á punto de hacer prisionero á un soldado francés, cuando al querer ponerle la mano encima, vió sobre su cabeza el sable de un coracero austriaco; entonces le gritó el prusiano: «Paisano, déjame el francés.»—«Tómalo», le contestó el austriaco y se marchó al galope. Si esto pasaba á los enemigos de la Prusia ¿qué tales serían los sentimientos de sus partidarios? El anciano Gleim lo expresó en su «Canto de victoria de los prusianos después de la batalla de Rossbach.»

La gran ventaja de una batalla ganada en el Oeste era para Federico en la situación en que entonces se encontraba, que le permitía librar luego otra en el Este. Pocos días después de la victoria de Rossbach puso su ejército en movimiento dirigiéndose á marchas forzadas á la Silesia cuya situación era tan desesperada que reclamaba su inmediato auxilio.

El príncipe Cárlos de Lorena había obtenido en Silesia ventajas sobre ventajas, gracias á la inmensa superioridad numérica de sus fuerzas. Después de un sitio de 17 días se había entregado á Nadasdy la fortaleza de Schweidnitz el 12 de noviembre. El príncipe de Bevern se había retirado con sus 28,000 hombres á un campamento fortificado cerca de Breslau, ante 80,000 austriacos. Estos tomaron el campamento por asalto el 22 de noviembre después de una encarnizada lucha. Dos días después fué hecho prisionero el mismo príncipe de Bevern por una partida de panduros al hacer un reconocimiento, y en el mismo día 24 de noviembre entregó el general Lestwitz la ciudad de Breslau sin hacer la menor resistencia, mientras el general Kyau condujo el resto del ejército á Glogau. Los austriacos triunfantes ocuparon la capital de Silesia; el príncipe obispo conde de Schaffgotsch que todo lo debía al favor del rey Federico, ofició solemnemente en presencia del príncipe Cárlos y de todo su estado mayor en celebración de la victoria de los austriacos y de la restauración de su gobierno. La emperatriz María Teresa delegó al conde de Kollwrat para hacer jurar fidelidad á todos los empleados. El gobierno del rey de Prusia parecía haber sido un intermedio fugaz del cual nadie se acordaba, cuando el mismo Federico llegó con su pequeño ejército á la Silesia para cambiar toda la situación con una de las más atrevidas empresas que conoce la historia.

Había salido de Leipzig el 12 de noviembre con 14,000 hombres apenas. En 17 días había hecho 42 leguas alemanas de marchas forzadas (unos 300 kilómetros), y llegado el 28 del mismo mes al punto donde desemboca el Katzbach en el

Oder. En Parchwitz aguardó la aproximación de su ejército de Silesia que había hecho llamar y que estaba en Glogau mandado por el teniente general Zieten. Los generales Kyau, Lestwitz y Katt habían sido presos entre tanto para ser sometidos á un consejo de guerra. El 2 de diciembre llegó Zieten con 20,000 hombres; de suerte que el total de las fuerzas de Federico subía á 34,000 hombres de los cuales 12,000 eran de caballería. La artillería se componía de 96 cañones de batallón, que así se llamaba la artillería ligera, y 71 piezas de artillería pesada. Los 20,000 hombres que componían el ejército de Silesia estaban muy desanimados bajo la doble presión moral de una derrota causada por una mala dirección y de una retirada ejecutada con precipitación vergonzosa. El primer cuidado á que se dedicó Federico, por ser el más importante, fué reanimar el espíritu de esta tropa. En sus obras se expresa sobre este punto del modo que sigue: «Se atacó á los oficiales por el lado del pundonor recordándoles la gloria de sus hechos anteriores; se trató de distraerles con pensamientos alegres de los téticos que se habían apoderado de ellos por las desgracias recientes. A los soldados habló el rey en persona; les mandó distribuir víveres abundantes y extraordinarios; en fin se emplearon todos los medios imaginables para despertar en la tropa el espíritu de confianza sin el cual no puede contarse con la victoria. Pronto principiaron los semblantes á serenarse, contribuyendo mucho á ello los relatos animosos de las tropas que habían tomado parte en la batalla de Rossbach. Acabó de reanimar á todos un descanso de varios días, y todo el ejército estuvo otra vez dispuesto á tomar con arrojo el desquite.»

No se sabe si el rey dirigió una arenga á las tropas, porque nada se ha conservado que lo pruebe; en cambio hay una que dirigió al estado mayor y á los generales reunidos el día 3 de diciembre. Hálanse conservado dos testigos, escrita por el uno en estilo patético y difuso, y por el otro abreviada á lo militar. El primero es el capitán Retzow que la publicó en su obra: «Rasgos característicos de los sucesos más importantes de la guerra de los siete años (1).» El otro era el mismo paje del rey que conservó la explicación é instrucción que dió Federico á sus generales antes de la batalla de Kolin, de que hablamos en el capítulo correspondiente. La arenga en el final tiene en ambas redacciones el mismo sentido y era según el relato del paje Putlitz como sigue: «Señores, los enemigos están fortificados y armados hasta los dientes, y es preciso atacarlos allí donde están, y derrotarlos ó morir; que nadie piense en salir del empeño de otra manera; y al que no le guste podrá recibir su retiro al instante é irse á su casa.» A esto exclamó el comandante Billerbeck: «El que eso hiciera, sería un infame, un indecente: ¡á buen tiempo estamos para eso!» Jamás olvidó el rey esta expresión ingenua del valiente comandante.

El rey estaba pues resuelto á atacar al enemigo que era tres veces superior en número y se hallaba resguardado detrás de sus fortificaciones; pero el enemigo le hizo el grandísimo favor de abandonar su campamento fortificado delante de Breslau para ofrecerle la batalla en campo abierto, dejando á sus espaldas el río Weistritz. Al recibir Federico esta fausta noticia el 10 de diciembre hallándose en Neumarkt, ensanchó su pecho; y no dudando ya del éxito completo é inevitable de su plan, dijo al príncipe Francisco de Brunswick: «Ya tenemos al zorro fuera de su madriguera; ahora le escarmentaré y pagará la pena de su soberbia.»

La formación del ejército austriaco, compuesto de 90,000 hombres, en la madrugada del 5 de diciembre, se parecía

(1) En alemán. Publicado en 1802 en Berlin.

mas á una prolongada fila de marcha que á un órden de batalla. Extendíase la línea en una longitud de mas de ocho kilómetros, encontrándose su ala derecha junto á Nippert, el centro cerca de Frobeltwitz y Leutheu, y el ala izquierda cerca de Sagschütz y aun mucho mas allá en direccion del Sur.

Federico salió de su campamento cerca de Neumarkt á las cinco de la mañana. Su vanguardia se encontró junto á la aldea de Borna con el enemigo, que tenia allí colocados 5 regimientos de caballería, 3 sajones y 2 austriacos, mandados por el general Nostitz. Atacado éste por la caballería prusiana, mucho mas numerosa, mandó aviso al príncipe Carlos, solicitando con urgencia auxilio de infantería; pero á esta solicitud repetida cada vez con mayor instancia, respondió el príncipe con una negativa en frases insolentes, lo cual hizo que el valiente general, viéndose abandonado en medio de la accion sangrienta y para él enteramente desesperada, se echara furioso sobre los sables de los húsares prusianos, y cayera mortalmente herido. Sus regimientos fueron rechazados hasta Frobeltwitz con la pérdida de 11 oficiales y 600 á 700 prisioneros. Solo entonces paró mientes el príncipe Carlos en la gravedad de su situacion. Su ala derecha parecia amenazada; el general Lucchesi, que allí mandaba, aunque nadie le atacaba, pidió una y otra vez desde Nippert con grandísima urgencia socorro de infantería, y el príncipe Carlos despachó en efecto hácia aquel punto varios regimientos de su segunda línea, al propio tiempo que una parte de la caballería del ala izquierda que partió á todo escape. Con esto hizo el príncipe Carlos exactamente lo que mas convenia á Federico para el éxito completo del plan que habia formado en vista de la situacion topográfica. En su descripcion dice que desde Heidau se distinguia el ejército imperial tan bien, que habrian podido contarse los hombres; su derecha, que se sabia se hallaba en Nippert, estaba oculta por el gran bosque de Lissa (se refiere al matorral de Guckerwitz); pero desde su centro hasta el ala izquierda nada se escondia de la vista del observador. Considerando la situacion topográfica, calculó que debia dirigirse el golpe principal contra el ala izquierda que se extendia sobre una loma cubierta de abetos (la de Sagschütz), pero que estaba mal apoyada. Una vez tomado este punto, se habia ganado, para el resto de la batalla, la ventaja del terreno, que desde allí iba bajando en pendiente no interrumpida hasta Nippert, mientras que dirigiendo el ataque al centro, podia caer el ala derecha de los austriacos, atravesando el bosque de Lissa, sobre el flanco de los prusianos. Además, el ataque al centro no excusaba la necesidad de tomar de todos modos la mencionada loma que dominaba toda la llanura. Atacando el centro primero se dejaba la operacion mas dura y mas difícil para el final, cuando las tropas estuvieran ya cansadas de luchar, exhaustas é inútiles para nuevos y grandes esfuerzos; mientras que principiando por lo mas difícil, se aprovechaba el primer ardor de la tropa, quedando para despues el trabajo mas fácil. Su plan era, pues, arrojar todo su ejército sobre la izquierda del enemigo haciendo allí el trabajo principal solamente con su ala derecha, y cuidando escrupulosamente de contener las fuerzas de su ala izquierda, de modo que no pudiera cometerse ninguna * de las faltas que se cometieron en la batalla de Praga y que le hicieron perder la de Kolin.

Despues de dejar á la espalda cerca de Borna tres batallones y medio de infantería ligera, hizo atravesar todo su ejército á la vista del enemigo la llanura que se domina desde Leutheu y Frobeltwitz, con direccion á la derecha, desapareciendo detras de las alturas á cuyo pié están las aldeas de Radaxdorf y Lobetinz. El príncipe Carlos y el feldmariscal

Daun observaron esta maniobra desde Frobeltwitz sin poderse explicar. Daun opinó que era una retirada y dijo al príncipe: «Esa gente se va, dejémosla marchar.» El rey de Prusia al frente de una seccion de húsares en lo alto de las lomas que se levantan detras de las aldeas citadas, seguia con la vista la marcha de sus tropas, observando atentamente los dos ejércitos entre los cuales se hallaba, hasta que, al fin, se situó junto al molino de viento de Lobetinz para dirigir desde allí la batalla.

Estableció su ala derecha en las cercanías de la aldea de Schriegwitz, situada exactamente en frente del bosque de abetos de Sagschütz; y desde allí á la una de la tarde procedió al ataque. El general Wedell con 3 batallones de la vanguardia y 20 piezas de á doce que se habian llevado de las fortificaciones de Glogau, dió la primera embestida. Nadasdy, que mandaba en frente, es decir, en Sagschütz, viendo llegar las columnas enemigas, envió sucesivamente 10 oficiales al príncipe Carlos avisándole lo que pasaba; pero el príncipe Carlos permaneció inmóvil en su puesto hasta que el enemigo mismo le fué á buscar allí. Nadasdy dejó aproximarse los prusianos á cosa de 700 pasos, y entonces principió á jugar la artillería por ambas partes, haciéndose sentir desde el primer instante la superioridad de la prusiana: los wurtembergueses cedieron primero, siguiéndoles los bávaros mas aprisa, y una parte de ellos llegó tan apresuradamente á Leutheu, que poco faltó para que los austriacos situados allí los recibiesen con descargas cerradas. Apoyado Wedell con 6 batallones del príncipe Mauricio, procedió al ataque directo de la altura de Sagschütz, y la tomó á paso de carga juntamente con la artillería que la defendia. Toda el ala izquierda austriaca retrocedió en direccion de Gohlau, donde bajo el fuego violento de otra batería prusiana, trató de formar una nueva línea de batalla. Entonces por fin entró en accion la caballería prusiana. Con grandísimo trabajo pasó las zanjas entre Sagschütz y el estanque de Gohlau. Una vez pasadas, se arrojó en masa compacta sobre los dragones de Nadasdy, y á la segunda embestida entabló la lucha cuerpo á cuerpo. Los coraceros de la guardia del rey y los gendarmes se echaron sobre el regimiento de Módena, lo acuchillaron é hicieron 2,000 prisioneros, en su mayor parte wurtembergueses y bávaros. En esto se precipitaron sobre el enemigo que ya cedia, diez escuadrones de húsares del cuerpo de Zieten, que formaban parte de la reserva, y completaron la derrota del ala izquierda, que no paró hasta el bosque de Rathen, donde trató de rehacerse y formar de nuevo.

Desde entonces el ala derecha prusiana avanzó sin dejarse intimidar por los obstáculos sobre la llave de la posicion enemiga, que era la aldea de Leutheu. Los batallones que el príncipe Carlos envió á Nadasdy cuando ya era tarde llegaron uno á uno, y cansados como llegaron por el paso de carga fueron rechazados uno tras otro. Detras de la vanguardia mandada por Wedell habia seguido el grueso de los prusianos y se habia introducido en la izquierda del enemigo. La infantería se precipitó dentro de la aldea, donde empezó una lucha obstinadísima en cada casa de labranza y en especial en el cementerio, cercado de tapias, lucha igualmente gloriosa para ambas partes. Al fin los prusianos se apoderaron de toda la aldea y del cementerio, pero detras de las casas volvieron á unirse las masas de infantería austriaca, las cuales abrieron un fuego tan horroroso como mortífero sobre los prusianos que intentaban pasar mas allá de la aldea y cuyas descargas de artillería resistieron con inquebrantable constancia.

En esto habian llegado las cuatro de la tarde. En el centro se sostenia la lucha sin avanzar ni retroceder un paso,

cuando el general Lucchesi, que llegó con la caballería del ala derecha austriaca, quiso decidir la contienda á favor de los suyos echándose sobre el flanco de la infantería prusiana que creia sin apoyo. No sabia ni presumia que detras de Radaxdorf estaba la caballería del ala izquierda prusiana mandada por el general Driesen, el cual al mismo tiempo que Lucchesi iba á arrojarse sobre el flanco de la infantería prusiana, se preparaba á su vez á caer de improviso sobre Lucchesi, á consecuencia de la órden del rey de proceder inmediatamente al ataque. En su consecuencia Driesen lanzó sobre el flanco de los austriacos los dragones de Baireuth; los húsares de Puttkamer atacaron al enemigo por la espalda y él se abalanzó con 30 escuadrones con tan terrible ímpetu sobre el frente austriaco que lo arrolló completamente y le obligó á refugiarse detras de su infantería y á no parar en desordenada huida hasta Lissa. El general Lucchesi murió; su caballería no se presentó mas en el campo de batalla; y su infantería que hasta entonces no habia disparado un tiro, al ver correr la caballería, arrojó los fusiles, abandonó su artillería y se dió tambien á la fuga. De la misma manera habian desaparecido un poco antes los austriacos apoltonados detras de Leutheu. La última resistencia fué la que hicieron cuatro batallones heroicos de los regimientos de Wallis y Durlach, apostados en la cima del cerro del molino de viento delante de Leutheu, donde se sostuvieron hasta que el general Meyer los sorprendió con 10 escuadrones por la espalda y les hizo en su mayor parte prisioneros. Cuando llegó la noche estaba completamente decidida la victoria por los prusianos en toda la línea; el enemigo en terrible desórden huia al otro lado del Weistriz, y solo su ala izquierda habia podido emprender la retirada un tanto ordenada gracias á la inteligente direccion de Nadasdy.

Las pérdidas de los austriacos fueron verdaderamente extraordinarias, subiendo por lo menos las bajas á 21,000 hombres, de los cuales la mayor parte eran prisioneros, y además 116 piezas de artillería, 51 banderas y 4,000 carros. Los prusianos perdieron poco mas de 6,000 hombres, entre ellos 200 oficiales. Los austriacos no habian perdido solamente la batalla, sino tambien toda la campaña, porque tuvieron que evacuar la Silesia y darse por satisfechos de que no desertara el resto de su ejército en el camino. De todos modos, el príncipe Carlos volvió al Austria con solos 35,000 hombres en un estado por demás deplorable como resto del ejército soberbio que pocos dias antes habia creído ser dueño de toda la Silesia. La numerosa guarnicion que tan imprudentemente habia dejado en Breslau tuvo que capitular el 21 de diciembre, entregándose prisionera de guerra con 13 generales. Pocos dias despues los austriacos evacuaron tambien á Liegnitz, y excepto la plaza de Schweidnitz, cuyo sitio hubo de aplazarse para mas adelante, toda la Silesia volvió á estar otra vez en manos de los prusianos. La expulsion de los suecos de casi toda la Pomerania Anterior por el feldmariscal Lehwaldt, que habia podido abandonar la Prusia Oriental por haberla tambien evacuado los rusos, fué el final de este año de guerra, el mas lleno de peripecias de todo el siglo.

Verdad es que á principios del año siguiente volvieron los rusos á la provincia indefensa de la Prusia Oriental, y tomaron posesion de ella en nombre de la emperatriz Isabel; pero al propio tiempo se estaba preparando en el Occidente un gran cambio. El príncipe Fernando de Brunswick que habia tomado el mando del ejército reanimado del duque de Cumberland, expulsó á los franceses de toda la Baja Sajonia, de la Westfalia y del Hesse; y finalmente mientras la pusilanimitad mas inaudita se apoderaba de la corte de Versalles, adoptó la Inglaterra bajo el mando del ministro Guiller-

mo Pitt una política de guerra digna de una gran potencia.

La administracion inaugurada por Guillermo Pitt á últimos de junio de 1757 (1), marca una época en la historia de Inglaterra, porque el hombre que le imprimió su sello era un genio tan grande como hay pocos; pero la nacion inglesa solo se convenció de ello cuando las jornadas de Rossbach y de Leutheu anunciaron la resurreccion gloriosa de una causa que en el verano anterior y hasta en el principio del otoño se creia en Inglaterra completamente perdida. Aliándose Pitt con el héroe Federico, llegó á ser héroe tambien, y en la lucha universal que sostuvo á su lado se elevó su noble genio sobre la parte vulgar del hombre político que quiere hacer fortuna en el parlamento. Jamás ha hablado este gran orador menos teatral y mas sinceramente, ni ha conmovido mas que cuando abogó por la unidad de intereses de Inglaterra y Prusia, y por el apoyo al «hombre maravilloso» que como otro Atlante sostenia sobre sus hombros la libertad del género humano.

Muy aflictiva era la situacion de Inglaterra cuando empezó la administracion de este ministro; y llena de contradicciones y nada armónica era la carrera de este grande orador, el mayor que Inglaterra ha tenido, cuando tomó en sus manos el timon del Estado. La union de tres hombres como Pitt, Newcastle y Fox, miembros de una misma administracion; la manera como se dividieron entre sí los trabajos, la cesacion de toda divergencia y contienda entre el rey y su gabinete, y el silencio completo de la oposicion parlamentaria durante muchos años, son rasgos que caracterizan una situacion tan extraordinaria como jamás ha visto la Inglaterra. Pitt habia desplegado sus dotes especiales en la lucha contra aquellos que á la sazón por primera vez armonizaban con él.

La familia de Pitt no pertenecia á la alta nobleza inglesa, riquísima desde muchos siglos. Su abuelo habia sido gobernador de Madras, y fué quien llevó de la India á Inglaterra aquel célebre diamante que compró el duque de Orleans y que aun hoy viene á ser bajo el nombre de *Regente* la joya mas preciosa de la corona de Francia. Con los dos millones de libras (francos) que pagó el regente, fundó Pitt el mayor, la riqueza inmueble de su casa comprando haciendas y dos distritos electorales: Old Sarum y Oakhampton, por medio de los cuales entraron primero él, despues su hijo, y finalmente sus dos nietos Tomás y Guillermo en la cámara de los diputados. Guillermo nació el 15 de noviembre de 1708; educado en la célebre escuela de Eton y despues en el *Trinity College* de Oxford, compró á la muerte de su padre el nombramiento de alférez en el regimiento azul y fué elegido diputado por Old Sarum en el año 1735. Era uno de aquellos jóvenes de talento á quienes consumia una ambicion ardiente y para los cuales no habia sitio en la administracion de Walpole. Por esta razon se echó en brazos de la oposicion de los llamados «patriotas», cuyo jefe era Poulteney, lo cual bastó al ministerio para destituirle de su puesto de alférez. En cambio encontró un modesto empleo en la pequeña corte del príncipe de Gales, el protector de todos los whigs revoltosos, y que cuando menos le puso á cubierto de la pobreza. Entre los que tronaban contra la debilidad de Walpole respecto de España, y pedian destempladamente la guerra contra este país por reclamarlo el honor escarnecido de la Inglaterra, distinguióse Pitt por la violencia apasionada de su lenguaje; de modo que en toda la Inglaterra no habia al parecer adversario del gabinete mas irreconciliable que él, lo cual no impidió prometer á este mismo ministerio su

(1) Véase además del célebre ensayo de Macaulay en su obra *MAHON*, tomo IV, pág. 32 y siguientes, la historia de Inglaterra por LECKY.